



Reflection from Fr. Joey Evangelista, MJ

XXVIII Sunday in Ordinary Time Year C

It is a human tendency to blame others for the misfortunes that befall us and to shirk responsibility for what has gone wrong. All too often, the people we point fingers at are those we already dislike, those we do not know, or those who simply cannot defend themselves.

This unfortunate habit is as old as humanity. In the book of Genesis, Adam immediately blames Eve for eating the forbidden fruit. Centuries later in ancient Rome, the Christians were blamed for the Great Fire of Rome, marking the beginning of their persecution. From the 15th to the 17th centuries, the spread of disease, religious upheaval, and war were laid at the feet of women, resulting in the

horror of the witch hunts. Modern history is filled with even more examples of unreasonably blaming others—especially those who are different from us—for crises they had no hand in creating. It is simply too easy to point a finger and declare: *You* are the problem.

Yet, this Sunday's readings offer a profound counter-narrative, revealing how God works.

In the first reading, the prophet Elisha is sent by God to heal a foreigner: Naaman, a Syrian military commander suffering from leprosy. Naaman was not a believer; he worshipped other gods. In the eyes of devout Israelites, he did not deserve God's goodness. And yet, in the book of Second Kings, not only is he healed, but he displays remarkable humility and faith. He humbles himself before Elisha, offers a gift in thanksgiving, and vows that he will henceforth worship no other god but the Lord.

The Gospel offers an equally stunning example. As Jesus travels to Jerusalem, passing through Samaria and Galilee, he heals ten lepers. He makes no inquiries about their lineage, asking neither if they were Jewish like him nor anything else. He simply heals them all and instructs them to present themselves to a priest. Out of the ten who were healed, only one returns to give thanks: a Samaritan.

The Jews of the time considered Samaritans to be heretical and impure—unworthy of salvation, incapable of true goodness. And yet, this despised man was the only one who displayed humility and gratitude. Going against all cultural expectation, Jesus looks at this Samaritan and tells him: "Your faith has saved you."

We live today in a world that is deeply polarized. We blame each other for our collective misfortunes and refuse to truly listen. The Scriptures are calling us to a radical reassessment.

Perhaps the Lord is indeed present in the foreigner, in the person who is different from us. The Lord is asking us to reach out and not condemn, to seek Him in the other rather than shut the doors. We are called to proclaim God's saving power to all nations. We can only do this by following God's own example: by making His healing presence felt in the outsider and by recognizing that they, too, are people of profound faith.

Reflexión del Padre Joey Evangelista, MJ

XXVIII Domingo ordinario ciclo c

Es una tendencia humana culpar a otros por las desgracias que nos ocurren y eludir la responsabilidad por lo que ha salido mal. Con demasiada frecuencia, las personas a las que señalamos con el dedo son aquellas que ya nos desagradan, aquellas que no conocemos o aquellas que simplemente no pueden defenderse.

Este desafortunado hábito es tan antiguo como la humanidad. En el libro del Génesis, Adán culpa inmediatamente a Eva por comer el fruto prohibido. Siglos más tarde, en la antigua Roma, se culpó a los cristianos del Gran Incendio de Roma, lo que marcó el comienzo de su persecución. Entre los siglos XV y XVII, la propagación de enfermedades, los disturbios religiosos y las guerras se atribuyeron a las mujeres, lo que dio lugar al horror de la caza de brujas. La historia moderna está llena de ejemplos aún más numerosos de culpar injustificadamente a otros, especialmente a aquellos que son diferentes a nosotros, por crisis en las que no han tenido nada que ver. Es demasiado fácil señalar con el dedo y declarar: «Tú eres el problema».

Sin embargo, las lecturas de este domingo ofrecen una profunda contrapartida, revelando cómo obra Dios.

En la primera lectura, el profeta Eliseo es enviado por Dios a curar a un extranjero: Naamán, un comandante militar sirio que padecía lepra. Naamán no era creyente; adoraba a otros dioses. A los ojos de los israelitas devotos, no merecía la bondad de Dios. Sin embargo, en el libro de los Reyes, no solo es curado, sino que muestra una humildad y una fe extraordinarias. Se humilla ante Eliseo, le ofrece un regalo en señal de agradecimiento y jura que, en adelante, no adorará a ningún otro dios que no sea el Señor.

El Evangelio ofrece un ejemplo igualmente sorprendente. Mientras Jesús viaja a Jerusalén, pasando por Samaria y Galilea, cura a diez leprosos. No les pregunta por su linaje, ni si son judíos como él ni nada por el estilo. Simplemente los cura a todos y les ordena que se presenten ante un sacerdote. De los diez que fueron curados, solo uno regresa para dar las gracias: un samaritano.

Los judíos de la época consideraban a los samaritanos herejes e impuros, indignos de la salvación e incapaces de la verdadera bondad. Sin embargo, este hombre despreciado fue el único que mostró humildad y gratitud. En contra de todas las expectativas culturales, Jesús mira a este samaritano y le dice: «Tu fe te ha salvado».

Hoy vivimos en un mundo profundamente polarizado. Nos culpamos unos a otros por nuestras desgracias colectivas y nos negamos a escuchar de verdad. Las Escrituras nos llaman a una reevaluación radical.

Quizás el Señor esté realmente presente en el extranjero, en la persona que es diferente a nosotros. El Señor nos pide que tendamos la mano y no condenemos, que lo busquemos en el otro en lugar de cerrar las puertas. Estamos llamados a proclamar el poder salvador de Dios a todas las naciones. Solo podemos hacerlo siguiendo el ejemplo del propio Dios: haciendo sentir su presencia sanadora en los marginados y reconociendo que ellos también son personas de profunda fe.